

James C. Thomson, Jr.

## Vietnam: un caso clínico

---

Desde los comienzos de la Administración del Presidente John Kennedy hasta este quinto año de la presidencia de Lyndon Johnson, un pequeño grupo que no ha sufrido cambios sustanciales, ha presidido sobre el destino de los Estados Unidos. Durante ese periodo ellos han llevado al país desde un compromiso limitado en Vietnam hasta una guerra que es brutal, casi imposible de ganar y —para un conjunto de opinión cada vez mayor— calamitosa e inmoral. ¿Cómo pudo suceder algo así? Muchos de los que se encuentran dentro del gobierno de los Estados Unidos o cercanos a éste leerán el siguiente artículo con el sobresalto de la identificación y reconocimiento. Aquellos menos familiarizados con los procedimientos del poder podrán leerlo en la absoluta seguridad de que el autor contó con una oportunidad directa para observar bien el descenso a lo largo de las resbaladiza ladera durante sus cinco (1961-1965) años de servicio en la Casa Blanca y el Departamento de Estado. El señor Thomson es un especialista en asuntos del Extremo Oriente y Profesor de historia en la Universidad de Harvard.

Este artículo está reproducido con autorización de *The Atlantic Monthly*, Boston, Massachusetts y del autor.

---

Durante muchas décadas aún por venir, la guerra en Vietnam será un tema fascinante para los historiadores y científicos sociales como un caso ejemplar para un estudio de tesis sobre la gestación de la política internacional. Una de las preguntas que con seguridad se planteará será: ¿Cómo pudieron hombres con habilidades superiores, excelente entrenamiento y altos ideales —los autores de la política estadounidense en la década de 1960— crear una política tan costosa y divisiva?

Como alguien que observó el proceso de gestación y ejecución de decisiones en Washington desde 1961 a 1966, bajo los Presidentes Kennedy y Johnson, puedo sugerir una respuesta preliminar. Puedo hacerlo señalando o enumerando brevemente algunos de los factores que a mi me parece conformaron nuestra política en Vietnam durante mis años como especialista en asuntos del Extremo Oriente en el Depto. de Estado y la Casa Blanca. Me ocuparé en mayor medida de Washington tal como lo vi o senti; y menor atención dedicaré a Saigón, donde apenas he estado escasos tres días como miembro de la comitiva del Vicepresidente Johnson, u otros centros de decisión que serían las ciudades capitales de las otras partes interesadas. Tampoco trataré sobre otros sectores muy importantes del registro de la crónica: la historia de Vietnam en los años anteriores a 1961, por ejemplo, o el recorrido total de las relaciones estadounidenses con Vietnam.

Sin embargo un ingrediente primordjal y central en estos años de decisiones sobre Vietnam sí que envuelve a la historia. El ingrediente fue *el*

*legado de la década de 1950* —incluyendo la llamada “pérdida de China”, la guerra de Corea y la política para el Extremo Oriente seguida por el Secretario de Estado Dulles.

Este legado traspasó un subproducto institucional a la Administración de Kennedy: en el año 1961 el ‘establishment’ encargado de los asuntos del Extremo Oriente dentro del gobierno de los Estados Unidos era indudablemente el más rígido y doctrinario. Esto se aplica en especial al Departamento de Estado, donde la administración que recién se instalaba encontró que la Oficina de Asuntos de Extremo Oriente fue el hueso más duro de roer. Era esta una oficina que había sido purgada de sus mejores expertos en China —y así de hombres perspicaces e imparciales— como resultado del ‘macarthismo’. Sus miembros se encontraban generalmente dedicados a una sola línea política: la contención estrecha y aislamiento de China continental, el hostigamiento de las naciones ‘neutralistas’ que intentaban evitar la alineación ya fuese con Washington o Pekín y la mantención de una red de alianza con estados clientes anticomunistas alrededor de la periferia de China.

Un aspecto adicional del legado era la particular vulnerabilidad y sensibilidad de la nueva Administración Democrática ante los problemas de la política de Extremo Oriente. El recuerdo de la época de McCarthy estaba aún demasiado nitido y el margen de la victoria de Kennedy había sido demasiado estrecho. El debate respecto de las islas costeras de Matsu y Quemoy televisado en 1960 entre Mr. Kennedy y Mr. Nixon había advertido al Presidente Electo de los riesgos del “pensamiento nuevo”. La Administración quedaría inherentemente recelosa ante la posibilidad de actuar demasiado precipitadamente respecto de Asia. Como consecuencia, la Oficina de Asuntos del Extremo Oriente (actualmente la Oficina de Asuntos del Extremo Oriente y del Pacífico) fue la última en ser remozada. No se intentó ningún cambio de personal antes de que Mr. Averell Harriman asumiera el cargo de Secretario Adjunto en diciembre y le llevó varios meses lograr una influencia suficientemente profunda debido a su preocupación primordial y necesaria en ese momento por los acuerdos de Laos. Sin embargo, una vez que concentró su atención en el personal, no se realizó virtualmente esfuerzo alguno para restituir a los expertos en Extremo Oriente purgados o exilados.

Hubo otros subproductos importantes dejados por este “legado de la década de 1950”:

*La nueva administración heredó y en algún modo compartió una percepción general de China-sobre-la-marcha* —una sensación de la vastedad china, de su cantidad de habitantes, de su beligerancia; un sentido revivido, quizás un recuerdo, de la Horda Dorada. Esta percepción se alimentó con la intervención china en la guerra de Corea (una intervención que en el hecho se basó en los increíblemente deficientes medios de

comunicación y el mutuo error de cálculos en Washington y Pekín; pero un desmadejamiento cuidadoso de aquella tragedia, tarea ya alcanzada por los historiadores, no formaba aún parte de la sabiduría convencional).

La nueva administración heredó y durante un breve período aceptó una concepción monolítica del bloque comunista. A pesar de tanta predicción temprana y tantos primeros informes de analistas extranjeros, los realizadores de nuestra política exterior no comenzaron a aceptar lo definitivo del rompimiento chinosoviético hasta transcurridas ya las primeras semanas de 1962. El impacto inevitablemente corrosivo de los nacionalismos sobre el comunismo fue generalmente pasado por alto.

La nueva administración heredó y hasta cierto punto compartió una "teoría del dominó" respecto de Asia. Esta teoría resultó del desconocimiento profundo de la historia asiática y en consecuencia de la ignorancia de las profundas y radicales diferencias existentes entre las distintas naciones y sociedades del Asia. Fue la consecuencia de la falta de visión y ceguera ante el poder y flexibilidad de los nacionalismos asiáticos. (Puede que también haya sido el resultado de una sensación y subconsciente de que en vista de que "todos los asiáticos se parecen", todas las naciones asiáticas actuarán en forma similar). Como teoría, la falacia del dominó no fue meramente inexacta, sino además un insulto dirigido a las naciones de Asia; y sin embargo ha continuado hasta el presente seduciendo a personas que debieran saber un poco más.

Finalmente, el legado de la década de 1950 también se vio combinado con una incómoda sensación de un desafío universal comunista a la nueva administración después del desastre de la bahía de Cochinos. Una primera manifestación fue la traumatizante reunión en Viena de Kennedy con Kruschchev en junio de 1961; y entonces vino la crisis de Berlín del verano. Todo esto creó una atmósfera dentro de la cual sin lugar a dudas el Presidente Kennedy se sintió presionado particularmente hacia una demostración del temple de su país en Vietnam —si es que los vietnamitas, contrastando con la actitud del pueblo de Laos, se mostraban dispuestos a luchar.

En general, el legado de la década de 1950 conformó las primeras maniobras de la administración tales como las decisiones de mantener una OTASE de alta visibilidad (al enviar al Secretario de Estado mismo en lugar de algún subalterno a su primera reunión en 1961); de retractarse del reconocimiento diplomático de Mongolia en el verano de 1961; y de suma importancia, de extender la ayuda militar de Estados Unidos al Vietnam del Sur ese invierno sobre la base del compromiso muchísimo más tentativo de Eisenhower. Se debe agregar aquí que el creciente compromiso en Vietnam también fue avivado por una nueva especie de estrategias militares y de científicos sociales académicos (algunos de los cuales formaban parte de la nueva administración), quienes habían desarrollado teorías de ciencia bélica contraguerrilla y se encontraban ansiosos de verlas puestas a prueba. Para

algunos, la "contrainsurgencia" aparecía como una nueva panacea para hacer frente a la inestabilidad mundial.

\*

Suficiente ya sobre el legado y la historia. Cualquier administración nueva hereda simultáneamente problemas complicados y puntos de vista simplistas del universo. ¿Pero no era acaso seguro que entre los autores de las políticas de las administraciones de los Presidentes Kennedy y Johnson existían hombres capaces de advertir sobre los peligros de un compromiso sin límite en la ciénaga vietnamita?

Esto plantea una pregunta central dirigida al corazón del procedimiento de gestación de nuestra política: ¿Dónde estaban los expertos? ¿Aquéllos que dudaban?, ¿quiénes disientían? ¿Se encontraban o no presentes? Y si así fue, ¿qué les sucedió?

La respuesta es compleja pero a la vez instructiva.

En primer lugar, el gobierno norteamericano *carecía penosamente de una verdadera experiencia y pericia sobre Vietnam o Indochina*. La embajada en Saigón y la Sección para el Vietnam dentro del Departamento de Estado fueron originalmente tratados como agregados a la "Oficina, Embajada en París" y ocupadas desde 1954 en adelante por funcionarios del Servicio Exterior que dominaban el idioma francés y que constaban con una experiencia estrechamente europea. Tales diplomáticos se encontraban aún más restringidos que el funcionario de embajada normal —por disposición mental tanto como por el idioma— a los contactos únicos con las élites urbanas del Vietnam que hablasen francés. Por ejemplo, los lingüistas del Servicio Exterior pueden conversar con los campesinos de Portugal si salen fuera de Lisboa no sucediendo lo mismo con quienes hablan francés dentro de la Embajada en Saigón.

Fuera de esto la *sombra de la "pérdida de China"* distorsionó las informaciones desde Vietnam. Los funcionarios de carrera del Departamento de Estado, especialmente los que se encontraban en misión, no habían olvidado la suerte de sus colegas de la Segunda Guerra Mundial que habían escrito con franqueza desde China y habían sido posteriormente puestos en la picota por los comités del Senado por haberse permitido comentarios críticos en torno a los chinos nacionalistas. Los informes sinceros sobre las fuerzas del Viet Cong y las debilidades del gobierno de Diem se vieron inhibidos por este recuerdo. También fueron inhibidos los reportajes por algunos altos funcionarios, notablemente el Embajador Nolting en Saigón, quienes se negaban a firmar y enviar tales cables.

A su debido tiempo, en verdad sea dicho, algunos pocos expertos en los asuntos de Vietnam fueron descubiertos o desarrollados. Pero un factor recrudeciente y cada vez más importante del procedimiento de gestación de decisiones era el *destierro de los verdaderos expertos*. Aquí tenemos como

causal subyacente la "política secreta" que se acentuaba a medida que los problemas se volvían más candentes: a más delicado el problema, más alto se eleva en la burocracia y más completo es su alejamiento de los expertos a manos de los desolados expertos-generales (significa esto, en manos de los Secretarios, Subsecretarios y Ayudantes del Presidente). La frenética y rápida lectura de informes sumarios en los asientos traseros de las limusinas no constituye un sustituto a la presencia de especialistas; por lo demás, en momentos de crisis tales informes se consideran "demasiado delicados" aún para ser examinados por los especialistas. Una causa adicional tras este distanciamiento, una vez que Vietnam se tornó en un problema más crítico, fue la sustitución de los expertos, quienes por lo general día a día se volvían más pesimistas, por hombres descritos como "tipos activos-capaces", reparadores leales y repletos de energías, sin tacha dejadas por la pericia. A comienzos de 1965, cuando confíe mis crecientes dudas sobre la política seguida a un colega mayor en años en la plana del personal del N.S.C.

(*National Security Council*), este me aseguró que lo más débil e inteligente que podíamos hacer era "arrancarnos lejos de todo el lío de Vietnam". Sin embargo, para desgracia del personaje de la historia, tuvo él la mala suerte de ser considerado uno de los "tipos capaces" y se encuentra ahora altamente colocado en Vietnam, obedeciendo órdenes de solucionar el embrollo.

A pesar del alejamiento de los expertos, existieron internamente seres desconfiados y disidentes. Y sin embargo, mientras observaba yo el proceso, vi como tales hombres eran neutralizados eficazmente por una dinámica sutil: la *domesticación de los disidentes*. Dicha "domesticación" surgió de una necesidad tipo club social de doble filo: por un lado, el deseo del disidente de seguir a bordo; y por otro lado, la conciencia intranquila del no-disidente. Exponiéndolo simplemente; la disensión, cuando era reconocida, se recibía cordialmente. Al más bajo nivel posible de importancia, debo yo mismo confesarme de mi propia y considerable sensación de dignidad y aceptación (ambas vitales) cuando mi jefe máximo en la Casa Blanca se refería a mí como a su *dove* favorito: Mucho más significativo fue el caso del ex-Subsecretario de Estado, Mr. George Ball. Una vez que Mr. Ball comenzó a expresar dudas, fue cálidamente institucionalizado: se le incitó a transformarse en el abogado del diablo de la casa en todo lo de Vietnam. La secuela era inevitable: el proceso de escalamiento permitió que hubiesen periódicas invitaciones a Mr. Ball para que dijese su parte; Mr. Ball se sentía correcto, presumo yo (él había luchado por la corrección); el resto se sentían bien asimismo. (Habían escuchado abierta y completamente la opción 'dóvica'); y así se reducía a un mínimo la posible desazón. El club social se mantenía intacto; y por supuesto que es muy probable que estos asuntos hubiesen decaído muchísimo más velozmente si Mr. Ball se hubiese

\* *Doves* y *hawks*; palomas y halcones, apelativos que simbolizan las actitudes suaves y duras frente al conflicto de Vietnam: por ejemplo, el senador McCarthy es un *dove* mientras que Mr. Reagan es definitivamente un *hawk*.

mantenido silencioso, o hubiese renunciado antes de su partida final en el otoño de 1966. También existió, por supuesto, el caso del último disidente institucionalizado, Mr. Bill Moyers. Dicen que el Presidente acompañaba su llegada a las reuniones con un afectuoso: "Bien, bien, aquí llega don Detengan-el-Bombardeo...". Una vez más, aquí la dinámica de la disensión sostuvo la *entente* interna por un tiempo.

Un punto relacionado —y crucial, supongo, para los gobernantes en cualquier oportunidad— fue *la trampa de la "efectividad"*, la trampa que retiene a los hombres de vocear sus opiniones tan claramente y tan a menudo como pudieren dentro del gobierno. Y es esta la trampa que sujeta a los hombres ante la posibilidad de renunciar como signo de protesta y así poder airear su disensión desde fuera del gobierno. El mayor bien que un hombre aporta a la vida burocrática es su "efectividad", una misteriosa combinación de entrenamiento, educación, estilo y conexiones. La queja más ominosa que puede ser susurrada de un burócrata es: "Me temo mucho que Carlitos está perdiendo su efectividad". Para preservar la propia efectividad, uno debe decidir dónde y cuando luchar contra la corriente principal de la política; las oportunidades abarcan desde conversaciones de almohada a almohada con la mujer, a copas con los amigos, a reuniones con el Secretario de Estado o el Presidente. La primera inclinación a quedarse silencioso o a estar de acuerdo en la presencia de los grandes hombres —mantenerse con vida para luchar algún otro día; ceder en este problema para lograr ser "efectivo" durante problemas posteriores— es sobrellevadora. Tampoco es esta únicamente una tendencia de la juventud; algunos de nuestros más altos funcionarios, hombres con riquezas y fama, cuyo nicho en la historia ya está asegurado, se han mantenido silenciosos para evitar que su conexión con el poder fuese cortada. En cuanto a la poca inclinación a renunciar como protesta: aunque no sea esta necesariamente una especialidad característica de Washington, ni exclusividad de Estados Unidos, parece ser más real en una nación donde los ministros no cuentan con una banca parlamentaria hacia la cual batirse en retirada. En la ausencia de tal refugio, es muy fácil racionalizar la decisión de seguir a bordo. Al hacer esto uno posiblemente podrá evitar que unas pocas cosas malas sucedan y tal vez incluso logre que algunas cosas buenas también ocurran. Una renuncia obliga a perder estas oportunidades marginales de ser "efectivo".

Hay otro factor que debe ser señalado; paralelamente con la intensificación de la controversia sobre Vietnam dentro de los Estados Unidos, se desarrollaba una *preocupación obsesiva por las relaciones públicas de la política hacia Vietnam en contraposición a la gestación de esa política*. Y es aquí donde, como gran ironía, fueron los dudosos y disidentes quienes rindieron mayores servicios. Porque tales hombres, en virtud de sus propias dudas fueron a menudo considerados los más capaces de 'masajear' y calmar así a los intelectuales dudosos. Mi superior en la sección del Extremo

Oriente dentro de la Casa Blanca, un “dudoso” brillante y humanitario que se había ocupado de Indochina desde 1954, gastaba las tres cuartas partes de su jornada de trabajo haciendo relaciones públicas para la política estadounidense en el Vietnam escribiendo borradores para las contestaciones presidenciales a cartas de críticos importantes; redactando discursos presidenciales en lenguaje conciliatorio, y recibiendo interminablemente a delegaciones de furiosos euáqueros, miembros del clero, académicos y dueñas de casa. Entre sus visitantes regulares se encontraban el fallecido A.J. Muste y Norman Thomas; entre las mías, los miembros de la Liga Femenina por la Paz. Nuestras órdenes superiores: mantenerlos alejados de los agobiados hombres de los afanados asesores políticos (quienes comúnmente no sufrían de duda alguna). Entre paréntesis, mi tarea más desalentadora en el dominio de las relaciones públicas fue la preparación de un panfleto de la Casa Blanca titulado *Por qué Vietnam*, en septiembre de 1965; como un gesto en pro de mi conciencia, entablé —y perdí— una batalla para que el título llevase signos de interrogación.

\*

Por medio de una variedad de procedimientos, tanto institucionales como personales, la duda, la disensión, la pericia, fueron efectivamente neutralizadas en la gestación de la política hacia Vietnam. Pero ¿qué se puede decir de los hombres “a cargo” de todo esto? Sería un absurdo siquiera sugerir que ellos produjeron dicha tragedia intencional y calculadamente. Pero tampoco es absurdo o difícil discernir ciertas fuerzas en juego que fueron causa suficiente para que hombres decentes y honorables causasen un daño enorme.

Aquí yo destacaría el papel máximo de la *fatiga ejecutiva*. Ningún otro factor me parece ser tan crucial y subestimado en la política externa. El precio físico y emocional que deben pagar quienes tienen posiciones ejecutivas en el Departamento de Estado, el Pentágono, la Casa Blanca y otras agencias ejecutivas es enorme; dicho precio se combina también por supuesto con el servicio dilatado. Muchos de los actuales autores de la política del Vietnam han estado trabajando en la misma tarea desde cuatro a siete años. Puede que sean muy pocas las quejas, y puede que la salud física continúe inmejorable, pero la salud emocional es muchísimo más difícil de medir. Lo que más sufre con la erosión producida por el aturdidor proceso de la fatiga es la originalidad del pensamiento, la imaginación, el sentido de las posibilidades, el sentido de las prioridades y la perspectiva —todas raras virtudes de una nueva administración durante sus primeros años en el poder. El cansado fabricante de política se torna en un prisionero de su limitada visión del universo y de su propia retórica de frases hechas: se transforma en un ser irritable y a la defensiva —falta de sueño, carente de lazos familiares, escaso en paciencia. Tales hombres no sólo realizan políticas deficientes sino

que más adelante las ratifican. No cuentan ni con el tiempo ni el talante para nuevas ideas o para desarrollar una diplomacia preventiva.

Inmediatamente bajo el nivel de los ejecutivos fatigados por el quehacer de la política de Vietnam, existió un ampliamente difundido fenómeno: *la mentalidad de conservador de museo* dentro del Departamento de Estado. Con esto quiero decir que existía una inercia colectiva producto de la visión que el burócrata tiene de su tarea. En el Departamento de Estado, el "funcionario estacionario" promedio hereda de su antecesor la política estadounidense hacia el País X; él considera que es función suya mantener esa política intacta —en vitrina— lejos de los entrometidos y limpia de polvo para que en el mismo estado llegue a manos de su sucesor dos o cuatro años más tarde, cuando le toque transmitirla. Este oficio de conservador o guardián, generalmente es mérito suficiente para merecer un ascenso dentro del sistema. (Mantén el *statu quo* y te librarás de todo tipo de complicaciones). En algunas circunstancias, la inercia condicionada por una actitud como ésta puede ser útil como freno ante posibles innovaciones demasiado bruscas. Pero con muchos problemas o asuntos, sucede que esta inercia actúa como apoyo de la mala política y de los compromisos imprudentes que de otro modo podrían haber sido resistidos. Decididamente, Vietnam es uno de tales problemas.

A la fatiga y a la inercia, debe sumarse el factor de confusión interna. Aún entre los arquitectos de nuestro compromiso con Vietnam ha existido una persistente *confusión en cuanto a qué tipo de guerra se está peleando* y, como consecuencia, *confusión en cuanto a la manera de terminar con esa guerra*. (La *credibility gap*\* es parcialmente un reflejo de dicha confusión interna). ¿Era acaso ésta, por ejemplo, una guerra civil, en cuyo caso la contrainsurgencia bastaría? ¿O era tal vez una guerra de agresión internacional? (Esto podría requerir el compromiso de la OTASE o de la ONU). ¿Quién era el agresor —y verdadero enemigo? ¿El Viet Cong? ¿Hanoi? ¿Pekin? ¿Moscú? ¿El comunismo internacional? ¿O quizás el comunismo asiático? Enemigos diversos determinaron estrategias y tácticas discrepantes. Igualmente confusa era la pregunta sobre los objetivos de la política estadounidense. Estos dependían de quién era el antagonista y por qué. Nunca olvidaré la tarea que me encargó un Secretario de Estado Adjunto en marzo de 1964: redactar un borrador para un discurso del Secretario McNamara, con el cual una vez por todas, *inter alia*, se destruiría el embuste de que el conflicto de Vietnam era una guerra civil. "Es que en cierto modo, por decir verdad", decía yo absorto, "esta es una guerra civil". "¡No me vengas con juegos de palabras!", me ladró el Secretario Adjunto.

Una confusión similar acosó al concepto de "negociaciones" —anátoma para gran parte del Washington oficial desde 1961 a 1965. No fue antes de abril de 1965 que las "discusiones incondicionales" se tornaron respetables

\*Brecha de la credulidad.

vía a un discurso presidencial; aún entonces el Secretario de Estado reafirmó privadamente a los periodistas que nada había cambiado, ya que las "discusiones" no eran en ningún caso lo mismo que "negociaciones". Meses más tarde este problema fue resuelto. Pero llevó aún más tiempo lograr conseguir un frágil acuerdo interno guiado hacia el hecho de que las negociaciones podrían incluir al Viet Cong en posición algo superior a un apéndice de la delegación de Hanoi. Existiendo una confusión así respecto a los quienes y a los por qué de nuestro compromiso en Vietnam, no es sorprendente, como lo ha dicho ya Mr. Theodore Draper, que los fabricantes de política encontrasen tantas dificultades para llegar a un acuerdo sobre la manera de terminar la guerra.

Por supuesto, una fuerza constante dentro de la vorágine del compromiso fue la de la *racionalización de las esperanzas*. Es algo que yo a menudo compartí. Especialmente durante la contienda de Washington con Diem en el otoño de 1963, momento en que algunos de nosotros en el Departamento de Estado creímos que por una vez —al tratar con un estado cliente que se hacía el difícil— el gobierno de Estados Unidos lograría utilizar todo el contrapeso de su asistencia militar y económica para obtener resultados positivos en lugar de ser llevado de la trailla por hombres atrevidos como Chiang Kai-shek y Syngman Rhee (y, en este caso particular, por Diem). Si conseguíamos probar este punto, pensaba yo, con o sin Diem, Vietnam bien valía el esfuerzo. Más tarde a fines del otoño de 1964, venían las racionalizaciones de las esperanzas de los planificadores del ataque aéreo. Porque en verdad existieron quienes sinceramente creían que después de seis semanas de bombardeo aéreo veríamos a los norvietnamitas arrastrándose a gatas hacia nosotros, implorando conversaciones de paz. ¿Y qué —preguntó alguien durante una de las reuniones de esa época— sucederá si no lo hacen? La contestación a ésta fue que bombardearíamos durante cuatro semanas más y ahí sí que veríamos que el truco resultaba. Y unas pocas semanas más tarde hubo un caso de esperanza racionalizada que es sintomático de lo que son los hombres de buena fe mal encaminados: en enero de 1965, me encontré con uno de los personajes más encumbrados de la Administración en una comida, lo aparté a un lado, y le confíe mis dudas respecto de la opción del bombardeo aéreo. El me dijo que ni siquiera me preocupase; era su convicción profunda que antes de que tales planes pudiesen ser llevados a la práctica, un gobierno neutralista asumiría el poder en Saigón y cortésmente nos invitaría a abandonar el país. Y finalmente, también está la siempre retornante esperanza racionalizada que muchos de nosotros compartíamos, y que nos sostenía a la vez, durante los terribles meses de 1965-1966, cuando ya los ataques aéreos habían comenzado: seguramente, de algún modo, en una forma u otra, estaríamos "participando en una conferencia dentro de seis meses" y así la espiral escalatoria se vería interrumpida. La base de nuestra esperanza era la creencia de que esto sencillamente no podía continuar.

Otra influencia que actúa sobre los fabricantes de política es el factor que llamo *desapego burocrático*. Con esto significó lo que en el mejor de los casos podría denominarse la dureza o frialdad profesional del cirujano (y en verdad el lenguaje médico —por ejemplo, la “acción quirúrgica”— parecía brotar continuamente en medio de los eufemismos de la época). En Washington, la semántica de los militares ponía sordina a la realidad de la guerra para los autores civiles de la política. En tranquilas habitaciones, con aire acondicionado y espesas alfombras, términos tales como la “presión sistemática”, y el “reconocimiento armado”, “blancos de la oportunidad”, e incluso “recuento de cuerpos”, parecían procrear una especie de teoría-de-los-juegos del desapego. El momento más memorable para mí fue a fines de 1964, cuando se planificaban los objetivos. En ese momento las preguntas más importantes en discusión eran sobre cuán fuerte debía ser el bombardeo y cuán extenso nuestro ametrallamiento aéreo, en un punto medio equidistante a medio camino en el modelo proyectado de presión sistemática. Un Secretario de Estado Adjunto resolvió el problema de la siguiente forma: “Es mi opinión que nuestra orquestación debe estar constituida principalmente por violines; pero eso sí, con periódicas entradas de los bronces”. Puede que la mayor sorpresa de mi vuelta a la vida de Harvard, haya sido la conciencia de que muchachos, el cuerpo y sangre que yo instruía y veía en estas calles universitarias, eran potencialmente parte del número que figuraba en los carteles estadísticos de esos lejanos planificadores. En cierto sentido curioso, Harvard está más cerca de la guerra que Washington.

Existe un factor no demostrable que está relacionado con el desapego burocrático: el ingrediente que llamo *criptoracismo*. No es mi intención insinuar que hay desprecio consciente hacia la pérdida de vidas asiáticas por parte de los funcionarios de Washington. Pero sí es mi intención insinuar que bien puede que el desapego burocrático exista combinado con el sentido tradicional occidental de que después de todo hay muchísimos asiáticos; de que hay que considerar que los asiáticos poseen un sentido fatalista de la vida y una indiferencia ante su pérdida; de que ellos son crueles y bárbaros con sus semejantes; y de que son tan distintos a nosotros (¿y no son además tan parecidos entre ellos?). Y sí que es mi deseo insinuar que el producto final de tales puntos de vista subliminales es la autointerrogación subliminal de si acaso los asiáticos, muy particularmente los campesinos de Asia, y más particularmente aún, los comunistas de Asia, son en verdad personas —personas como tu y yo. Esto se puede plantear en otra forma: ¿habríamos seguido exactamente la misma línea política —y la misma táctica militar— si los vietnamitas tuviesen la piel blanca?

Es imposible escribir sobre la gestación de decisiones en Vietnam sin escribir algo sobre el lenguaje utilizado. Durante todo el conflicto las palabras han sido de primordial importancia. Me refiero aquí al impacto de la

escalación y retórica y al problema de la *gran oferta*. En un sentido muy importante, Vietnam ha adquirido significación crucial para nosotros *porque hemos declarado que reviste significación crucial*. (Esto obviamente está relacionado con la preocupación por las relaciones públicas mencionada anteriormente).

La clave aquí es la política doméstica interna: la necesidad de engatusar a la población estadounidense, a su prensa, al Congreso, a que acepten apoyar una guerra tan impopular y costosa —donde los objetivos mismos han estado en continuo flujo. Engatusar significa persuadir, y persuasión significa retórica. En la medida que se amontonan las dificultades y los costos, también cambia la definición del juego. No se puede decir con esto que la escalación retórica sea un proceso ordenado; la prosa ejecutiva es el producto de muchos escritores y algunos conceptos —infiltración norvietnamita, “honor nacional estadounidense”, China Roja como peor enemigo —se han inmiscuido en la retórica sólo gradual y esporádicamente. Pero no obstante, continúa existiendo una espiral ascendente. Y una vez que uno haya *dicho* que el gran Experimento Estadounidense tendrá éxito o fracasará según sea el resultado en Vietnam, uno ha creado así una nueva apuesta nacional que sobrepasa cualquier otra anterior apuesta.

De importancia crucial durante todo el proceso de gestación de decisiones para Vietnam fue una convicción de muchos de los autores de la política que Vietnam planteaba *una prueba fundamental de la voluntad nacional de los Estados Unidos*. Mil y una vez escuché a hombres educados en la tradición de Henry L. Stimson decir que lo único que necesitaban los Estados Unidos era voluntad y con esta triunfaría. A mí me parecía que una opinión como esta traía implícito la extraña premisa de que a los asiáticos les faltaba voluntad, o que por lo menos, si se entablase una contienda entre voluntades asiáticas y anglo-sajonas, los no-asiáticos habrían de triunfar. Un corolario de la persistente fe en la voluntad fue una *fascinación con el poder* y un temor reverente al encontrarse ante la realidad del poderío de Estados Unidos, nunca antes igualado por nación o civilización alguna. Los que tenían dudas respecto a nuestro papel en Vietnam eran acusados de intentar escapar del del poder. Se insinuaba implícitamente que tales hombres eran débiles y de pocas luces.

Finalmente, no es posible una discusión sobre los factores y fuerzas que actuaron sobre los que hicieron la política de Vietnam si acaso se ignora el hecho central de la *inversión en orgullo humano*. Cuando los hombres han participado en una decisión, simultáneamente están apostando a esa decisión. A medida que participan en mayores decisiones relacionadas, su apuesta aumenta. Podría tal vez haber sido posible disuadir a un hombre con gran confianza en sí mismo en algún peldaño inicial de la escalerilla de la decisión; pero es infinitamente más difícil en etapas posteriores ya que un

cambio de opinión allí comúnmente trae consigo un repudio implícito o explícito de una cadena de decisiones previas.

Lisa y llanamente: en el corazón mismo de la calamidad que es Vietnam se encuentra un grupo de hombres capaces y dedicados, que regular y repetidamente se han equivocado —y cuya posición ante sus contemporáneos, y muchísimo más importante, ante la historia, depende según ellos lo ven de que logren comprobar que tenían la razón. Estos no son hombres a quienes se les pueda pedir que rechacen y abjuren de sus errores.

\*

Los distintos ingredientes que he citado como conformando la gestación de la política en Vietnam han creado una variedad de resultados, en su gran mayoría bastante obvios. A continuación van algunos que me parece son los centrales:

Durante todo el conflicto ha existido un *persistente y repetido error de cálculo* que comparten virtualmente todos los actores, pertenezcan ellos a escalones altos o bajos, sean *hawks* o *doves*, o lo que sea. Para citar un ejemplo simple entre muchos: a fines de 1964 y comienzos de 1965 algunos planificadores del Departamento de Estado que buscaban la paz y que se oponían tenazmente al bombardeo proyectado para el Norte, urgieron que en su lugar se enviaran fuerzas militares terrestres a Vietnam del Sur; con esto, según ellos, se lograría aumentar el contrapeso estadounidense en el regateo con el Norte —nuestras “chips” — y nos otorgaría algo con qué poder negociar (el retiro de nuestras fuerzas) en una próxima conferencia de paz. Simultáneamente, la opción en favor del ataque aéreo era definida y urgida por muchos militares que estaban desesperadamente en contra de la participación de Estados Unidos “en otra guerra terrestre en Asia”; a ellos se unieron otros buscadores de la paz civiles que deseaban bombardear Hanoi para forzar negociaciones rápidas. A fines de 1965, terminábamos siendo dueños de lo peor de todos los mundos: ineficaces y costosos ataques aéreos sobre el Norte; fuerzas terrestres que aumentaban en espiral en el Sur, y ninguna negociación a la vista.

Durante todo el conflicto también ha existido una *persistente renuncia ante las presiones en favor de una solución militar*, y sólo mínimos y esporádicos esfuerzos hacia una solución diplomática y política. En parte, esto se debió a la confusión (antes mencionada) existente entre los civiles —confusión en cuanto a objetivos y estrategia. En parte también esto se debió al carácter autogenerador de la inversión militar. Una vez que los bombardeos aéreos, y en especial las tropas terrestres, se introdujeron, nuestra inversión misma había transformado el juego inicial. Mayor poderío aéreo era necesario para proteger las fuerzas terrestres; y entonces, más fuerzas terrestres para proteger a las fuerzas terrestres. Y casi no es necesario

\*Chips: fichas de juego.

agregar que el pensamiento militar desarrolla su propio momento en la ausencia de claras líneas directivas por parte de los civiles. Una vez que se les había pedido que salvaran a Vietnam del Sur, en lugar de limitarse a dar "consejos", los militares norteamericanos no podían menos que intentar presionar hacia la escalación. Por añadidura, y es triste tener que informar de algo así, los distintos poderes electorales tras los militares en el Congreso, una vez comprometidos en Vietnam necesitaban comprobar una serie de casos: por ejemplo, la utilidad no sólo del poderío aéreo (la Fuerza Aérea), sino que además del poderío aéreo con bases en portaviones (la Armada). También ha sufrido la política sobre el Vietnam de los efectos de un subproducto bastante irónico del establecimiento de control civil instaurado por el Secretario McNamara en el Pentágono: al enfrentar un control semejante, la tradicional rivalidad entre los servicios armados cedió y se transformó en un frente unido entre los militares —que se refleja en el fenómeno nuevo y siempre retornante de que exista unanimidad entre los J.C.S. (*Joint Chiefs of Staff*). En conjunción con sus aliados tradicionales dentro del Congreso (en su mayoría senadores y representantes del sur del país). Un frente unido como este plantearía un problema formidable para cualquier Presidente.

Durante todo el conflicto, han existido *oportunidades perdidas, grandes y pequeñas, de salirnos del Vietnam bajo términos cada vez más desagradables empero aún aceptables*. De las muchas ocasiones que han surgido desde 1961 en adelante, citaré sólo una, la última y más importante que se perdió. En el verano de 1964 el Presidente instruyó a sus consejeros principales para que le preparasen un despliegue de opciones sobre Vietnam lo más amplio posible, para consideración y decisión posterior a las elecciones. Explícitamente pidió que todas las opciones figurasen. Lo que ocurrió después fue en efecto la bahía de Cochinos en cámara lenta del Presidente Lyndon Johnson. Porque los consejeros se concentraron tan eficazmente sobre una sola opción —yuxtapuesta con otras dos falsas opciones (en efecto, destruir al universo entero o escóndete y arranca)— que el Presidente se vió confrontado por la unanimidad de sus consejeros en pro del bombardeo del Norte. Si él hubiese poseído mayor confianza en el terreno de los asuntos exteriores y si hubiese estado mejor documentado sobre el Vietnam y el Sureste de Asia y si hubiese lanzado algunas preguntas difíciles que la unanimidad había sumergido momentáneamente, este Presidente podría haber utilizado el más grande mandato electoral de todos los tiempos para desescalar en Vietnam, con la expectativa clara de que en el peor de los casos un gobierno neutralista habría asumido el poder en Saigón y cortésmente nos habría invitado a abandonar el lugar. Hoy en día, muchas vidas y dólares más tarde, una alternativa así se ha tornado en una posibilidad elusiva e infinitamente más cara.

En el transcurso de estos años, otro resultado del hacer de decisiones sobre

Vietnam ha sido *el abuso y la distorsión de la historia*. La historia del Vietnam, del Sureste de Asia, del Lejano Oriente, ha sido reescrita por nuestros fabricantes de política y sus portavoces para así lograr conformarla a la medida de la supuesta indispensabilidad de nuestra presencia en Vietnam. Analogías sumamente turbias con nuestras experiencias en otros lugares —la entrega de “Munich” y la “contención” desde Europa, la insurrección de Malaya y la guerra de Corea desde Asia— han sido importadas para poder así justificar nuestra conducta. Y acontecimientos más recientes han sido tallados a la medida del lecho procrusteano de Vietnam. Muy notoriamente, el cambio del poder en Indonesia en 1965-1966 ha sido adscrito a nuestra presencia en Vietnam; y virtualmente todos los progresos en la zona del Pacífico —el nacimiento del regionalismo, nuevas formas de cooperación y las crecientes tasas de desarrollo— han sido explicadas en forma similar.

La afirmación sobre Indonesia es sin duda falsa (intenté comprobarla durante seis meses de cuidadosa investigación en la Casa Blanca y hube de confesar mi fracaso); el alegato regional es patéticamente imposible de comprobar en cualquier sentido (excepto, por supuesto, del clarísimo factor de las economías de Japón y Corea, ambas han recogido grandes utilidades con nuestra gestión relacionada con Vietnam; pero esta es una forma costosa y sumamente dudosa de dar ayuda externa).

Existe un resultado final de la política en Vietnam que contiene peligro en potencia para el futuro de la política exterior de Estados Unidos: *el surgimiento de una nueva especie de ideólogos estadounidenses que consideran al Vietnam como la prueba esencial de su doctrina*. A mi mente vienen esos hombres en Washington que han hecho renacer al impulso misionero dentro de las relaciones exteriores norteamericanas: creen que esta nación, en esta época, ha recibido una triple dote que consideran puede transformar al mundo. Tal como ellos la ven, está dote se compone de, primero, nuestro sin igual poderío militar; segundo, nuestra clara supremacía tecnológica; y, tercero, nuestra supuestamente invencible benevolencia (nuestro “altruismo”, nuestra afluencia, nuestra ausencia de aspiraciones territoriales). A un tiempo, reza el argumento, esta triple dote nos proporciona la oportunidad y la obligación de empujar a las naciones de esta tierra hacia la modernización y la estabilidad: hacia una *Pax Americana Technocrática* a todo despliegue. En la búsqueda de esta meta, Vietnam es visto como la última y más crucial prueba. Una vez que allí se logre el éxito, el camino a seguir será sin obstáculos. En cierto sentido, estos hombres son nuestro equivalente de los visionarios de la izquierda radical del Comunismo: son los maoístas de la tecnocracia. No son ellos quienes gobiernan en Washington actualmente. Pero su doctrina se remonta hasta las más altas esferas.

Mucho antes de que yo ingresase en el Gobierno, alguien me contó una

anécdota sobre Henry L. Stimson que durante mis años de observador —y participante— en el desenvolvimiento de la tragedia de Vietnam, llegó a ocurrirseme pertinente. Ahora más que nunca me parece pertinente, a medida que nos aproximamos a las elecciones presidenciales de 1968.

En sus últimos años, alguien preguntó angustiosamente a Mr. Stimson: “Señor Secretario, ¿cómo diablos podremos jamás traer la paz a este mundo?” Dicen que el señor Stimson contestó: “Se comienza trayendo a Washington a un puñado pequeño de hombres capaces, que creen que la paz es algo que se puede lograr. Los obligas a trabajar hasta que queden extenuados y hasta que dejen de creer que esta paz será posible. Y entonces los echas y traes otro puñado de hombres que crea que es posible”.